

Susanne K. Langer

Sobre una nueva definición de símbolo

Traducción de Alfonso Rubio y Rubio

1956

En cada época, el pensamiento filosófico explota algunos conceptos dominantes y logra su mayor avance resolviendo problemas concebidos bajo sus mismos términos. Los filósofos de los siglos XVII y XVIII explicaron el conocimiento, el conocedor y lo conocido, en función de los datos sensibles y la asociación de éstos. El auto-examen de Descartes dio a la psicología clásica, como punto de partida, la mente y sus contenidos. Locke elevó la inmediatez sensorial a nuevo criterio de lo real, esto es, “lo realmente dado” –“el irreductible, hecho ineluctable” de James y Whitehead-. Hobbes proporcionó el método genético de formar ideas complejas a partir de ideas simples, como se construye un muro de ladrillos o un rompecabezas con muchas piezas. De igual manera Berkeley y Hume construyeron mesas con las ideas cuadrilátero y café (Russel dio un salto final en esta tarea usando “datos blandos” como su pegamento lógico; y en otro distrito, fiel aún al método de Hobbes, Pavlov formó el intelecto con reflejos condicionados y Loeb construyó la vida con tropismos.

El siguiente siglo, que se abre con la rotunda obra de Kant, tuvo una nueva noción dominante, las fuentes trascendentales de la experiencia. Esta inició los problemas de sujeto y objeto, concepto y precepto y lo que es peor, de forma y contenido. Empirismo y trascendentalismo, siguieron sus caminos respectivos, el primero jadeando tras el rápido avance de la ciencia y el otro inclinándose hacia la religión; y cada uno de ellos repudió los principios mismos que parecían obvios y forzosos para el otro.

Heredamos ambas líneas de pensamiento. Hace cuarenta años esta herencia pareció bastar para volver esquizofrénicos a los filósofos. Pero desde entonces, un extraño desarrollo ha llegado a ser visible (desarrollo que ya había comenzado, a la vuelta del siglo, incluso en la peor época de la desavenencia): tanto el empirismo como el trascendentalismo descubrían un nuevo nivel de problemas filosóficos, bajo la divergencia superficial de los “ismos”. Ambos dieron con la rica veta de los problemas semánticos.

El concepto de significado, en todas sus variedades, es el concepto filosófico dominante de nuestro tiempo. Signo, símbolo, denotación, significación, comunicación – tales nociones constituyen nuestro activo líquido-. El marco cambiante del pensamiento científico inspiró el vuelco semántico de la definición atributiva a la operacional. La audaz expansión de las matemáticas propagó algunos problemas engañosos, de símbolos incompletos, signos puramente estructurales, contexto variable; sentido variable, referencia indirecta; la moderna lógica simbólica ha avanzado principalmente bajo el acicate de tales intrincadas ideas. Ha llegado a ser la técnica básica del más moderno pensamiento filosófico, y una técnica es una medida natural de lo que se llama un “campo de estudio”.

Proporcionar significado a las matemáticas ha sido el propósito primero de nuestras tareas semánticas, y los conceptos desarrollados en la lógica simbólica –conceptos como “elemento”, “relación”, “proposición”, “clase”, y las nociones directoras de “aserción”, “definición”, “sustitución”, etc. han servido para organizar el nuevo dominio. Pero las matemáticas no han quedado como retador único, una tarea más grande aún ha surgido para el filósofo con el crecimiento de las ciencias físicas, en la que las matemáticas son la “doncella” (una “doncella” independiente, sumamente moderna –más bien una amazona-). Es con respecto a las ciencias de la naturaleza como surgen todos los problemas de referencia; y éstos, a su vez, suscitan los problemas epistemológicos de verdad, hecho, conocimiento, y –volviendo al círculo total de la semántica- comunicación de conocimiento.

Cada nueva aventura en filosofía tiene una fase violentamente activa, alcanza una cima de importante producción, y luego se encalma en un tipo de trabajo más sosegado en tanto se aclaran sus paradojas inherentes, sus dificultades de conceptualización. Entonces, o bien provoca un verdadero desarrollo de las facultades intelectuales de la gente, un avance

de la imaginación, como el cambio del pensamiento sustancia-atributo al pensamiento funcional que caracteriza actualmente a la imaginación científica, y amplía su campo por extensiones audaces de sus conceptos generativos, o bien se atasca en sus paradojas como ha sucedido con frecuencia, aun con las mismas candentes especulaciones filosóficas, en especial con las sociales y éticas.

La teoría semántica, pienso yo, ha pasado ya su primera cima. Han aparecido sus paradojas, y el deseo de evadirlas tiende a reducir el campo de investigación a unos cuantos temas cuidadosamente propuestos. Si se recorren los índices de una revista como *Mind* desde el número actual hasta los de 1920, no hay gran cambio en los títulos. “Sobre denotación”, por Juan Sabiduría, puede hallarse en 1928, 1938 o 1948. Los nuevos contribuyentes de la escuela de Cambridge están esgrimiendo más bien que atacando los problemas semánticos –presentándolos de nuevo en el descuidado lenguaje coloquial del sentido común, del que originalmente fueron sacados. Lo que es un modo de pelear con paradojas.

El estudio total de símbolos y significado me parece estar temporalmente agotado, y en trance de atascarse. Al mismo tiempo un peligro exterior obstruye las conquistas logradas, porque el interés en los símbolos no se ha limitado a la crítica de las ciencias y a la interpretación de las matemáticas, sino que está removiéndose en distritos bastante remotos –psicología (de dos tipos), etnología y filología-. En algunos de estos contextos, la propia concepción de “símbolo” es diferente de la usada por un matemático o un científico. Un símbolo puede ser un mito, una metáfora original, o un síntoma clínico. De igual modo, el “significado” no es ni la significación ni la denotación. Es cualquier cosa, desde una relación respuesta-estímulo hasta el deseo oculto en un sueño.

Poco puede hacer el pobre epistemólogo frente a las invasiones de la selva en su jardín. Lo más que puede decir es que éstos son usos no estrictos e ilícitos de la palabra “símbolo” y “significado”. Los usos siguen, sin embrago, y hasta desarrollan técnicas en las que es difícil ver un tratamiento no estricto de ideas que alguna vez pertenecieron a la lógica. El concepto de símbolo de la psicología dinámica, por ejemplo, es obviamente de origen distinto del empleado por Whitehead y Russell en *Principia mathematica*. El hecho es que varias líneas principales de pensamiento han llegado casi simultáneamente al

reconocimiento de la función mental básica que distingue al hombre de las criaturas no humanas –el uso de símbolos en todos los casos para comunicar conceptos.

Debe admitirse que un camino es muy diferente de otro. Ahora bien, todo fenómeno que puede servir de tan diversos modos, tiene que ser bastante complejo. Puede tener muchas funciones interrelacionadas. En cualquier contexto dado, algunas de sus funciones pueden ser más importantes o más obvias que otras, y el concepto del propio fenómeno (aquí el concepto de “símbolo”) será definido con respecto a sus propiedades relevantes. La definición lo establece, pero también lo restringe; y puede suceder que la definición más adecuada y económica que podamos hacer en un contexto bastante preciso, como el contexto del discurso lógico en el que “símbolo” ha sido definido, sea incapaz de permitir conceptos derivados que puedan servir a otros intereses. No tolera generalización, ni sentido más amplio. Por ello, no puede ser extendido a ningún orden de referencia muy diverso.

Fue reflexionando sobre la naturaleza del arte como advine a una concepción de la relación símbolo, totalmente distinta de la que me había formado en conexión con todos mis estudios anteriores, centrados en torno a la lógica simbólica. Este nuevo enfoque sobre la simbolización y el significado surgió del análisis kantiano de la experiencia y, fue ampliamente desarrollado por Cassirer en su *Philosophie der symbolischen formen*. En muchos años de trabajo sobre problemas fundamentales del arte lo he encontrado indispensable; fue como una llave para los problemas más difíciles.

Pero este concepto de símbolo, tal como se manifiesta en la práctica, en el curso de trabajo –que, después de todo, es la fuente más auténtica de todos los conceptos-, no puede ser definido en términos de denotación, significado, asignación formal o referencia. La prueba de un “budín” se tiene al comerlo, y yo sostengo que el “budín” de Cassirer es bueno, pero la receta no viene en la caja. El propio Cassirer consideró las funciones semánticas que pertenecen a los símbolos científicos como un desarrollo especial, ocurrido bajo la influencia del lenguaje, en virtud de su generalidad inherente junto con su carácter significativo. Él, sin embargo, investigó la simbolización como tal desde muy lejos. Su noción de “símbolo” era más primigenia que la de un signo utilizado por común consentimiento para sustituir a un concepto asociado. Según su sentido de la palabra, un

sonido, una marca, un objeto o un evento, podría ser un símbolo para una persona, sin el consciente ir de la persona de ellos a su significado. Este es el concepto básico en su teoría del mito.

Una idea semejante nos sale al paso en la teoría de los sueños de Freud. Cassirer se opuso vehementemente a tal teoría. Sin embargo, no era el símbolo de Freud lo que él rechazaba, sino la naturaleza subjetiva del significado que Freud le atribuía. No necesitamos abordar tal cuestión. Lo que importa aquí es solamente el hecho de que dos pensadores con intereses y propósitos diferentes, han trabajado extensa y efectivamente con un concepto que los lógicos y filósofos de la ciencia encuentran ininteligible.

El hecho de que tres amplias materias –mito, arte y psicología dinámica- se hacen accesibles al estudio progresivo por el uso de una amplia, pero lógicamente dudosa, concepción de símbolo y, consecuentemente, de “significado”, “conocimiento” y otras definiciones conectadas con el “símbolo”, me hace sospechar que los términos en que nuestras definiciones semánticas se han tradicionalmente apostado, se oponen a su generalización, y consecuentemente a extensiones legítimas de nuestros conceptos metalógicos. Si el sentido “símbolo” formalmente definido y el sentido problemático derivado de nuevos usos no pueden ser medidos con el mismo metro, simplemente divergirán hasta que la palabra tenga dos significados sin relación entre sí –prospecto no deseable en una edad que sueña con la unidad de la ciencia. Ante todo, tal práctica correría el peligro de que donde la palabra “símbolo” queda simplemente indefinida, aumentará sin límite en vaguedad y ganará la aureola de los valores emocionales que generalmente se añade a términos extendidos ilícitamente. Mi recomendación, por lo tanto, es intentar una definición totalmente nueva que se preste a usos más amplios, pero que permita en los contextos formales la especificación más estricta.

La mayoría de los consagrados a la semántica han abordado el estudio de los símbolos con un interés primario en el pensamiento discursivo y su comunicación, por ejemplo, sus obvias funciones en el discurso. En los años recientes, el interés se ha trasladado cada vez más a la comunicación. Hay razones muy interesantes para esta tendencia, pero ellas no nos conciernen aquí. Lo que nos incumbe es el énfasis que con ello se ha puesto sobre dos propiedades de los símbolos que son tomadas usualmente como

características esenciales: la función de referencia, o dirección del interés del usuario hacia algo aparte del símbolo, y la naturaleza convencional de la conexión entre el símbolo y el objeto a que se refiere, en virtud de la cual se da la conexión de referencia. Ernest Nagel ha definido el concepto de símbolo del científico en las frases: “Entiendo por símbolo cualquier suceso (o tipo de suceso), por lo común de índole lingüística, que es tomado para significar algún otro, por medio de convenciones tácitas o explícitas, o por las reglas del lenguaje”.

Es ésta, pienso yo, una caracterización suficiente de “símbolo” para todos los propósitos de la ciencia, y ciertamente para todos los usos literales del lenguaje, incluyendo los usos idiomáticos y figurativos de orden coloquial. Las reglas para usar el lenguaje no necesitan ser estrictas para ser convenciones públicamente aceptadas, aunque de modo tácito. En la mayoría de los casos de exposición figurativa, el equivalente literal es directamente entendido, y puede ser producido con rapidez por el orador o el escritor que usa la forma del discurso, forma que es, ella misma, una convención más.

Nagel conoce plenamente el hecho de que la palabra “símbolo” tiene algunos usos para los que esta definición no puede ser adecuada, y procura destacarlo. En el ensayo que acabo de citar, no censura como ilícitos aquellos otros usos, aunque en otro lugar, ha puesto en duda sus credenciales. Pero la cosa que me interesa aquí es precisamente la razón por la que pudo ponerlas, y las puso en duda –a saber, que un concepto símbolo apropiado para aquellos otros usos no puede ser derivado por ninguna modificación del concepto científico. La no generalización de la definición que ha dado, seguida de una especificación diferente, daría lugar a un significado de “símbolo” utilizable en contextos donde obviamente obtiene un significado diferente.

Nuestro interés en la comunicación nos ha llevado a reparar, sobre todo, en aquellas clases de símbolos que se prestan a este propósito. Algunas teorías semánticas, en especial las doctrinas clásicas que vienen desde el siglo XVIII, tratan la comunicación como la función original del lenguaje, y, consecuentemente, de toda simbolización. Los modernos estudios psicológicos del lenguaje suelen presentar los símbolos como señas transfiguradas (lo que Nagel considera como “signos naturales”), con la esperanza de encontrar sus tipos

primeros en la comunicación animal. La importancia del lenguaje como un recurso comunicativo es ciertamente patente.

Sin embargo, este uso eminente nos ha hecho desatender otro aspecto de los símbolos, que es menos obvio, pero, quizás en algunos niveles de nuestra evolución mental, igualmente importante –la formulación de la experiencia por el proceso de simbolización. Este aspecto no ha pasado totalmente inadvertido. Es la perspicacia mayor de aquellos pensadores epistemólogos que tuvieron su inspiración en Kant. Kant, por supuesto, percibió y declaró que la mente humana pone su impronta en la experiencia, que la mente no recibe datos en bruto en sus percepciones, sino que todo lo humanamente perceptible está previamente contenido en el molde de lo humanamente concebible. El esquema innato, sin embargo, es trascendental, común a toda conciencia humana; no proporciona el principio del progreso conceptual, ni los medios fenoménicos de la concepción. Su imposición no es un proceso fenoménico. Con todo, la formulación de la experiencia es un proceso fenoménico. De nuevo, fue Cassirer, principalmente, quien reconoció el papel que la simbolización o la expresión simbólica juega en la formulación de las cosas y eventos y en la ordenación natural de nuestro ambiente como un “mundo”.

Esta función formulativa es común a todos los símbolos, aunque en algunos es muy elemental. Cualquier signo –por ejemplo, el pequeño ruido que físicamente es una palabra– por estar convencionalmente asignado a cualquier objeto, evento, cualidad, relación u otra cosa cualquiera que pueda significar confiere una identidad conceptual a lo designado. La simbolización le da forma.

La percepción de la forma, creo yo, surge del proceso de simbolización, y la percepción de la forma es abstracción. La abstracción es normalmente tratada como un difícil proceso no natural –Bergson quiso hacernos creer, en efecto, que es un proceso antinatural de distorsión perceptual. Pero, es difícil entender cómo de la visión naturalista que, para lo mejor o para lo peor, yo encuentro forzosa, alguien pudo haber hecho surgir cualesquiera prácticas de abstracción, si la abstracción no fuese natural a las mentes humanas. El hecho es, pienso yo, que la percepción de formas, esto es, la abstracción, es intuitiva, como justamente lo es el reconocimiento de las relaciones, de las instancias y del

significado. Es uno de los actos fundamentales de la intuición lógica y su acaecer primitivo y típico está en el proceso de simbolización.

Quisiera proponer una definición de “símbolo” basada en esta función formulativa por medio de la cual cualquiera especie de concepto es siempre abstraída de cualquiera experiencia simbolizada. En un libro publicado hace sólo tres años, definí un símbolo como “cualquier recurso por el cual nos es dado hacer una abstracción”. Estoy dudosa ahora de esa definición en su simple forma inicial, aunque a fin de cuentas puede ser sostenida. Por otra parte, es posible que algunos recursos por medio de los cuales hacemos una abstracción no sean, de verdad, símbolos completos, de modo que es más seguro –al menos tentativamente- decir: “Cualquier recurso por el cual hacemos una abstracción es un elemento simbólico, y toda abstracción implica simbolización”. Sin que importe lo que finalmente pueda ser su texto, las razones para intentar tal nueva definición son relativamente fáciles de aducir.

En primer lugar, puede haber muchos caminos para hacer abstracciones, y por lo tanto, muchas clases de símbolos. La abstracción es un proceso que admite pasos, fases incompletas, con las que pueden relacionarse toda clase de fenómenos protosimbólicos, tal como aduce Cassirer en su gran *Filosofía de las formas simbólicas*. Las obras de arte que, estoy segura, tienen sentido, pero no genuino significado, son símbolos de cierta clase, pero no de la clase definida por Nagel; porque ninguna señala más allá de sí algo conocido ulteriormente aparte del símbolo, ni tampoco han sido establecidas por convención. Es su poderosa articulación de forma lo que nos permite percibir la forma en su simple mostrarse. Sin embargo, son, creo yo, cuasi-símbolos; tienen si no todas, algunas funciones de los símbolos genuinos. Melvin Rader sugirió que uno debe hablar de una obra de arte como de una “forma expresiva”, más bien que de un “símbolo de arte”, y aunque yo pienso que el último término mencionado es perfectamente defendible, he usado su término alternativamente desde entonces.

Consideraciones semejantes se aplican a los elementos del sueño que Freud clasifica como símbolos. Seguramente no están establecidos por convención alguna; y aunque están relacionados con ideas totalmente distintas, a las que dicen “significar”, no se emplean, en ningún sentido usual, para referirse a aquellas ideas. No las denotan, para el que sueña,

como las palabras denotan sus objetos. Sin embargo, la relación de las ficciones oníricas con su significado es una relación de formulación del “pensamiento onírico” supuestamente inconsciente, y de hecho, más bien, una abstracción compleja de los aspectos emocionales de la experiencia; y el elemento común al símbolo y al “significado” es un elemento formal, abstracto.

Por último, el carácter abstracto de los símbolos es lo que les da su valor científico. En la ciencia tenemos un uso especial de los símbolos, sumamente desarrollado, basado en convenciones, y resultante de las más audaces abstracciones que jamás hayan sido hechas. Pienso que la simbolización científica es siempre lenguaje genuino, en el sentido más estricto, y el simbolismo de las matemáticas el más grande refinamiento posible del lenguaje; y el lenguaje como tal es el paradigma del simbolismo, como su contenido –el pensamiento discursivo- lo es de la conceptualización.

Cualesquiera que sean las dificultades de la redefinición propuesta de “símbolo”, creo que la dirección es correcta. Sólo un cambio radical de enfoque puede darnos un concepto básico suficientemente elástico para tolerar en una relación mutua esencial las muy diversas definiciones que queramos deducir.

Los cinco principios de la relación simbólica

- 1° Todo símbolo es un producto del hombre, sea creado por él o puramente adoptado, y guarda primariamente relación con su productor, en tanto que lo expresa.
- 2° Todo símbolo cumple primariamente una función dialógica, aunque no sea un símbolo verbal, y establece por ello una relación entre el yo que lo produce y el tú que lo interpreta.
- 3° Todo símbolo tiene un contenido significativo, aunque no esté definido lógicamente, y guarda por ello relación con un objeto intencional que constituye la base real de su inteligibilidad.
- 4° Todo símbolo guarda relación con otros símbolos, sean cuales sean su naturaleza y su significado, y tiende a integrarse con ellos formando un sistema con su propia unidad de sentido.
- 5° Todo símbolo, dentro de su sistema y su orden de sentido propios, guarda relación con su pasado histórico, y la función comunicativa y significativa que puede cumplir en una situación presente depende también de esa relación con su pasado.

(E. Nicol, *Metafísica de la expresión*, 1957)